

que, léjos de desatender los intereses de la sagrada religion que profesamos, nuestros soberanos quieren, al contrario, no omitir nada de cuanto realce su esplendor, y tienen á honra el darnos á conocer ante el mundo entero como cristianos fieles cuya fé se conserva inalterable.» Y el 5 de Diciembre, para calmar la ansiedad que había producido la noticia que circuló de que la comision había salido de Roma sin haber arreglado nada, decían los expresados redactores de *El Diario del Imperio*: «Algunos periódicos han publicado la noticia de que la comision mejicana en Roma ha salido de aquella capital. Esta noticia es enteramente falsa, pues que la expresada comision continúa en la ciudad eterna desempeñando sus funciones á satisfaccion del gobierno imperial.»

1865. Nada prueba de una manera más patente Diciembre. que la mayoría del país no aceptaba en materias religiosas y asuntos pertenecientes á la Iglesia más que aquello que se resolviese de acuerdo con la Santa Sede, que ese ardiente deseo del emperador en persuadir de que era un ferviente católico. Era la parte que le había llamado al trono, y aunque él la había alejado de los puestos públicos para atraer al partido republicano, trataba de no enajenarse sus simpatías; de no convertirla en enemigo. Que la política adoptada por el emperador Maximiliano era ganar la voluntad del partido liberal, llamándole á desempeñar distinguidos cargos públicos, separándose en su política del conservador que le había dado la corona, pero teniéndole de su parte por medio de la idea religiosa, se ve claramente en una carta escrita por Maximiliano al Baron del Pont. que había sido su

secretario confidencial en Miramar. En ella se ve que antes de haber salido de Miramar, su proyecto no fué obsequiar las ideas de los que le llamaban, sinó atraer á los adictos á la constitucion de 1857, manifestándose protector de las suyas. Así se lo dió á entender en Miramar á D. Jesús Terán, sábio y honrado republicano que había sido ministro de Gobernacion y de Justicia en la administracion de D. Benito Juarez. El expresado Terán, que se hallaba en Europa, le había ido á ver á su palacio de Miramar en 1863 con objeto de persuadirle que no admitiese el trono de Méjico, pintándole las dificultades de atraer al trono á los diversos partidos. El antiguo ministro de D. Benito Juarez, hombre cuyo talento, capacidad, instruccion y honradez á toda prueba son un timbre de honor para la ciudad de Aguas Calientes en que nació, expuso las razones que tenía para creer que la empresa era sumamente difícil y peligrosa.

Con efecto, era muy difícil dar las mismas leyes de libertad de cultos, nacionalizacion de bienes de la Iglesia y otras relativas á los asuntos de ésta que habían sido la causa única de que la poblacion católica no aceptase el gobierno de D. Benito Juarez, sin que encontrasen oposicion. Si á los que fueron á ofrecerle la corona les hubiera indicado su pensamiento, le habrían hecho ver que la empresa era imposible, y no le hubieran elegido soberano. La carta del emperador Maximiliano escrita el 8 de Diciembre al Baron de Pont, que había sido su secretario confidencial en Miramar, decía así:

«He recibido con el más vivo placer la buena carta de

usted de 28 de Diciembre, y me ha afectado por la viva simpatía que me conserva V., á pesar de que pasan los años y del inmenso Océano que nos separa.

»Son de gran importancia para mí las indicaciones de usted y las cartas que me envía. Desde el primer día he apreciado la capacidad de Jesús Terán, y aquí, en este hermoso Méjico, he aprendido á estimarla más y más. Terán es un verdadero patriota, como su amo; tenía las mejores intenciones respecto de su país; si tiene buenas noticias, debe saber que en todas las discusiones defiende á su amo, y que siempre reconozco cuán útil le ha sido á Méjico en muchas cosas; pero le sucede lo que á nuestro buen viejo Gutierrez; lo que les sucede á todos: exagera, y se borran los recuerdos de la realidad. A pesar de lo bien escritas, contienen sin embargo sus cartas inexactitudes esenciales sobre las cuales, si encuentro tiempo para hacerlo, quisiera escribir una *Memoria* que enviaré á usted. He creído lo que Terán me decía antes de mi salida de Europa: yo sabía que las ideas de los pobres desterrados y de la Regencia embarazada, no eran más que fantasmagoría: nunca me hice ilusiones; pero me encontré con que la situación no era, sin embargo, tan triste como Terán la pintaba entonces, y como quisiera hacerla parecer todavía; este país es mejor que su reputación, y mejor precisamente en el sentido opuesto al de los desterrados. Todo cuanto Gutierrez y sus amigos han manifestado, es falso y fundado en errores irreparables de más de veinticinco años de ausencia involuntaria. El país no es ni ultracatólico ni reaccionario; la influencia del clero es casi nula; la de las antiguas ideas españolas, casi des-

baratada; mas, por otra parte, el país no es todavía liberal en el buen sentido de la palabra. El país está desorganizado por cincuenta años de continuos cambios y por la constante inmoralidad de sus gobiernos, ya liberales, ya conservadores; todas las cuestiones políticas no tenían por base más que el dinero y la influencia, «guardar ó coger.» El asunto del momento y del porvenir es organizar el país con reflexión y paciencia; obra que no admite ni milagros ni transiciones repentinas, y yo procuro evitar el único error de mi predecesor Juarez, que en el corto tiempo de su presidencia quiso deshacer y reformar todo. Lo único que se puede pretender, es un desarrollo orgánico y una convicción hija de la reflexión: es menester echar á un lado todos los golpes brillantes; son buenos en Europa, donde hay que habérselas con inteligencias gastadas: aquí todo es juventud y vigor.

»Si Terán habla de haber perdido las ilusiones, no me sorprende, y me parece natural; no ha llegado todavía el tiempo del afecto y del entusiasmo; es menester primero que el pueblo me conozca y me contentaré con que en el vigésimoquinto aniversario de mi advenimiento se me quiera y se me aprecie. El último viaje de la Emperatriz

1865. á Veracruz y á Yucatan, prueba además que no
Diciembre. nos es tan opuesto el espíritu público: á nuestra llegada, hace dos años, nos recibió Veracruz con una frialdad glacial, como debía esperarse de una ciudad inteligente, que no podía prever lo que sucedería. En esta vez la Emperatriz de Méjico ha sido recibida con un entusiasmo, á que ya no están acostumbrados los soberanos de Europa. No hablaré de Yucatan, el niño mimado de

mi reinado, en donde ha sido acogida con frenesí la Emperatriz; pero debo advertir que Veracruz y Yucatan representan el liberalismo del país.

»Para probarle á V. que tambien algunos antiguos liberales se han adherido al Imperio, le citaré el famoso Mendez, presidente del Tribunal de Cuentas; es un político de los más rojos, pero honrado; que ve, segun lo ha manifestado públicamente, que el Imperio es la última esperanza de salvar su patria. Estoy tambien en buenos términos con los conservadores exagerados; la prueba es el Consejo de Estado, en donde los amigos más reaccionarios de nuestro querido Gutierrez discuten conmigo francamente; los mismos hombres que, bajo la Regencia, creyeron deber separarse del Tribunal Supremo.

»Creo ver una diplomacia real y profunda en las cartas de Terán. Deseo mucho entenderme con Juarez; pero, ante todo, debe reconocer la resolucion de la mayoría efectiva de la nacion, que quiere tranquilidad, paz y prosperidad; y es menester que se decida á colaborar con su inquebrantable energía y su inteligencia, á la obra difícil que he emprendido. Si, como creo, tiene realmente en vista la felicidad de Méjico, debe comprender bien pronto que ningun mejicano quiere tanto como yo al país y sus adelantos, y que trabajo para ello con toda sinceridad y con las mejores intenciones. Que venga á ayudarme sincera y lealmente, y será recibido con los brazos abiertos como todo buen mejicano. No puede tratarse de armisticio porque ya no hay ningun enemigo leal, sinó únicamente partidas de bárbaros bandidos, consecuencia natural de tantos años de guerra civil: partidas como

las que han causado tanto mal en Italia y en Hungría.

»Un armisticio sería contrario á mis principios y á mis deberes: saldré victorioso con la sola intencion de trabajar por el bien de la nacion, ó pereceré con honra, lo cual es siempre mejor y más honroso que el marasmo y la putrefaccion, en medio de todos los elementos de prosperidad, de lo cual no quiero citar ejemplos odiosos.

»En todo caso puede V. dar las gracias de mi parte á Jesús Terán, por sus buenas palabras: le dirá V. que estoy pronto á recibir en mi Consejo y entre mis amigos á Juarez; mas que por lo pronto, tengo que defender lo que está por encima de mi vanidad, y de mi bienestar individual: la independenciam de un hermoso país y de ocho millones, tarea digna de un príncipe de mi familia.»

1865. No habla muy alto la anterior carta en favor de la sinceridad y de la franqueza de Maximiliano usadas en Miramar con los que fueron á ofrecerle el trono de Méjico. *Si sabia que las ideas de los pobres desterrados de la Regencia no eran más que fantasmagoría; si tenia por enteramente falso cuanto Gutierrez y sus amigos manifestaban,* así como cuanto escuchó del arzobispo de Méjico D. Pelagio Antonio de Labastida, del de Michoacan, del obispo de Oajaca y del general D. Juan Nepomuceno Almonte, que no llevaban veinticinco años de ausencia del país, sinó muy pocos; y si juzgaba que era un error lo que la Diputacion mejicana le manifestó, cuya mayoría acababa de llegar de Méjico, jamás debió aceptar la corona. Aparentar que daba crédito á lo que la comision le expuso, así como á las actas levantadas por los pueblos; prometer gobernar segun se

le pedía y tener intencion de obrar de manera opuesta no era ciertamente leal ni noble. Si juzgaba á D. Benito Juarez *un verdadero patriota*; si *el unico error de este fué querer hacer mucho en poco tiempo*, debió dejarle en el puesto que ocupaba; haber desistido de hacerle la guerra; y ya que admitió el trono, porque no tenía noticia de lo que había hecho, descender generosamente de él; llamarle á que continuase rigiendo los destinos de la patria bajo las instituciones republicanas, y decir á la intervencion francesa que su mision había terminado en Méjico. Si con efecto abrigaba la conviccion de que don Benito Juarez *había sido útil á Méjico en muchas cosas*, y que las ideas de los que le eligieron emperador no eran más que *fantasmagorías*, jamás debió pretender que fuese á ayudarle á consolidar el trono, sinó que él debió acercarse á D. Benito Juarez, para ayudarle en la empresa de consolidar la república, puesto que el único error que había cometido consistía *en haber querido hacer mucho en poco tiempo*.

1865. En cuanto á que el país *no era ultracató-*
Diciembre. *lico*, decía una verdad innegable. La comision que fué á Miramar, pintó católico el pueblo, dócil, de dulce índole y respetuoso; y la exactitud de esa pintura se patentizaba en las actas levantadas en favor de Maximiliano, donde los que las firmaban expresaban sus creencias religiosas de la manera que realmente eran; esto es, ni más allá ni más acá del catolicismo; manteniéndose en los principios fijos de la religion católica. Tambien estaba acertado en asegurar que el país no era *reaccionario* en el sentido propio de la palabra; pero en

el significado que se le daba en Méjico á la voz por el partido juarista, no se puede negar que le correspondía al partido que anhelaba que marchase unida la libertad á la idea católica. Ya lo había dicho así el senador español D. Joaquin Francisco Pacheco, en un discurso pronunciado en el senado, al hablar de los partidos de Méjico, donde había estado de embajador. «En Europa,» decía en su discurso, «hay ideas muy equivocadas acerca de estos partidos. Se ha llamado al uno, partido reaccionario y clerical: no es verdad: ni es reaccionario ni es clerical. El clero está en él; pero el clero no lo ha sostenido; pero el clero no lo ha dirigido. Este partido es liberal como nosotros; es tolerante como nosotros.»

Maximiliano se lisonjea en la carta que nos ocupa, de haber logrado atraer al rededor del trono á los hombres de las comuniones más opuestas, no dudando que al fin alcanzaría la union completa de todos los partidos. Presenta como prueba el que *algunos antiguos liberales* se habían aherido al imperio, entre ellos el señor Mendez, presidente del Tribunal de cuentas, «*político de los más rojos*, pero honrado,» y el «estar en buenos términos con los conservadores exagerados; con los mismos hombres que bajo la Regencia, creyeron deber separarse del

1865. Tribunal Supremo.» Pero que muchos repu-
Diciembre. blicanos de los más exagerados admitiesen el imperio, posponiendo sus principios al deseo de la paz de su país, no quería decir que todos los que defendían con las armas en la mano las instituciones republicanas siguiesen su ejemplo; y respecto de los conservadores á que aludía, no era de extrañar que siguiesen en buena

armonía con él, puesto que había declarado por de pronto á la religion católica, religion del Estado, y esperaban en los demás asuntos el arreglo con la córte de Roma, que él aseguraba hallarse en muy buen camino.

El emperador Maximiliano presenta como otra prueba elocuente de que el partido republicano iba adhiriéndose al imperio, la brillante recepcion que hicieron á la emperatriz al marchar para Yucatan, los habitantes de Veracruz, cuya ciudad, así como Yucatan «representan,» dice, «*el liberalismo del país.*» Para que exclusivamente se atribuyera esa recepcion de los veracruzanos á la política liberal que había adoptado, dice que á su llegada el país, hacia dos años, Veracruz los recibió con una frialdad glacial, y que ahorala «emperatriz había sido recibida con un entusiasmo á que no estaban acostumbrados los soberanos de Europa.»

Dada tengo á conocer en su lugar correspondiente la recepcion hecha á los imperiales cónyuges á su llegada á Veracruz, en la cual no existió esa frialdad, segun puede verse por los periódicos que salían á luz en aquella época en aquel puerto. La estacion, cuando llegaron, estaba sumamente avanzada, y los soberanos, por consejo de los mejicanos que venían con ellos de Europa y conocían lo mortifero del clima, se quedaron á bordo, sin saltar á tierra. No era posible, pues, que el pueblo marchase en botes á la llarga distancia á que quedan los vapores, y mucho ménos cuando el número de esos botes es muy corto en Veracruz. Hay que agregar á esto, que la mayor parte de las familias de regular posicion suelen estar en esa temporada de calor en Jalapa

1865.

Diciembre.

y Medellin, no sucediendo lo mismo en Noviembre, en que pasó la emperatriz para Yucatan. Sin embargo, aunque el emperador y la emperatriz no hicieron más que cruzar al siguiente día muy temprano, desde el muelle á la estacion del ferrocarril, todas las calles del tránsito, así como los balcones y azoteas de los edificios estuvieron llenos de gente que los vitoreaba, y la ciudad llena de arcos y banderolas.

Como se ve por la carta del emperador Maximiliano, su conviccion era, en Diciembre, que los hombres de las ideas más opuestas se hallaban íntimamente unidos al trono, y que las guerrillas que aun existían sin residencia fija, no pertenecían á ningun partido político. Abrigaba hasta la esperanza de que el mismo D. Benito Juárez, convencido de la recta intencion que le animaba de labrar la felicidad del país, llegaría á ayudarle en su empresa, estando él dispuesto á recibirle con los brazos abiertos.

Confiado en que su política de conciliacion acabaría por conquistarle la adhesion de los que aun sostenían las armas contra el imperio, se olvidaba de la organizacion y aumento del ejército mejicano, aunque no de los servicios que le prestaban los jefes que al frente de él se hallaban. Por el contrario; sentía placer en darles muestras de su aprecio cuando se distinguían por algun rasgo de valor ó de constancia. Animado de ese sentimiento, dirigió el 11 de Diciembre una carta al general mejicano D. Tomás Mejía, concebida en los siguientes términos:

«Mi querido general Mejía.—Cumpliendo con una de

las atribuciones que tocan al jefe de la nacion, y á la vez deber de los más gratos, cual es el de recom-

1865. Diciembre. pensar en nombre de ella los leales é importantes sirvicios de uno de sus más valientes hijos, le envió como una muestra visible de las singulares virtudes que concurren en vd., las insignias de la Gran Cruz de nuestra Orden del Águila mejicana.

»Pueda esta estrella que lucirá en su valiente pecho, servir de ejemplo á sus conciudadanos, para que sigan gustosos el camino del patriotismo que vd. les señala de una manera tan brillante; senda que conduce á nuestro país á la verdadera consolidacion de su independenciam.— Su afectísimo *Maximiliano.*»

Pero aunque el emperador se mostraba justo al valor de los jefes, lo mismo que al de los soldados, no hacía nada porque fuesen obedecidos por los militares belgas, aunque estos fueran de menor graduacion que aquellos. Las faltas de subordinacion de parte de algunos jefes belgas hácia otros mejicanos de más alta categoría militar, eran ya frecuentes. El teniente coronel Vander-Smissen que, como dejo referido en páginas anteriores, no había querido obedecer las órdenes de D. Ramon Mendez, volvió á obrar de la misma manera poco despues, no obstante la superior graduacion del jefe mejicano. D. Ramon Mendez había sido ascendido á general y estaba encargado del mando de Michoacan. El teniente coronel belga Vander-Smissen, á quien se había mandado que se pusiera á sus órdenes, volvió á desobedecerle cuando le comunicó algunas disposiciones. El general Mendez pasó un oficio al mariscal Bazaine, haciéndole saber lo que pasaba,

y transcribió el oficio al ministro de la Guerra. Este, disgustado de la insubordinacion del jefe belga, puso en conocimiento de Maximiliano aquel acontecimiento. «Mendez,» le dijo, «ha transcrito á este ministerio el oficio que ha dirigido al mariscal comandante en jefe del ejército, para darle parte de la resistencia pertinaz con que se opone el teniente coronel Vander-Smissen á reconocer su autoridad superior, y acompaña las comunicaciones que

1865. Diciembre. han mediado entre ellos sobre este asunto. Leyendo dicho documento se echa de ver inmediatamente la prudencia y la discrecion de que ha dado pruebas el general Mendez, en este asunto tan grave en su esencia, á causa de las consecuencias fatales que habría podido causar para la seguridad del departamento, cualquiera imprudencia; y se nota en la conducta del teniente coronel Vander-Smissen, que con detrimento de la disciplina militar ha llevado el desprecio y la falta de condescendencia á su superior, hasta el grado de negarse á enterarse de los pliegos que el último le dirigía, como comandante superior del departamento.»

Severo castigo merecía la nueva falta cometida por el insubordinado jefe belga, pero quedó impune, como habían quedado las anteriores. El emperador, comprendiendo el cariño que la emperatriz consagraba á la division belga, porque eran sus compatriotas, no tomó otra disposicion que mandar al teniente coronel Vander-Smissen que marchase á Monterey con el cuerpo. Mal se podía formar así un ejército mejicano respetable y hacer que reinase la armonía entre las tropas mejicanas y las belgas en las operaciones militares.